

13_valiente_dime_lo_que_comes

Keywords

Electrochoques culturales, patologías alimentarias, autoestima, perfección corporal, autocorrección, competencia, ascetismo dietético, consumismo ilimitado, cuerpo exhibible, individuación.

Resumen del texto

Estímulo y represión forman parte de la lógica cultural perversa del capitalismo tardío

Se aborda la práctica del canibalismo entre los indios tupinambas, según el relato del artillero naval alemán Hans Staden, capturado por ellos en 1554. Tanto Staden como los jesuitas testigos reaccionaron con horror debido a sus propias culturas que condenaban la antropofagia. Se destaca la noción de "electrochoques culturales" al confrontar prácticas inexplicables. Se sugiere que la diferencia cultural informa sobre la diversidad y permite cuestionar los propios modelos de comportamiento. Se plantea la posibilidad de que futuras generaciones cuestionen nuestros hábitos alimentarios, al igual que los antropólogos analizaron la voracidad de los tupinambas. Se examina la paradoja de la preocupación contemporánea por la delgadez, contrastada con la persistencia del hambre en la historia. Se

reflexiona sobre la consolidación de patrones alimentarios y estándares de belleza que han llevado a enfermedades como la anorexia nerviosa, a pesar de la persistente problemática del hambre a nivel global.

La anorexia y la bulimia son patologías alimentarias paradójicas en una sociedad que promueve el consumismo ilimitado y la privación para alcanzar un ideal corporal delgado. Según Toro y Vilardel, hay una contradicción entre los criterios socioculturales que favorecen la delgadez y la biología, que impulsa el aumento de peso en sociedades desarrolladas. Las mujeres, especialmente las jóvenes, se encuentran en la encrucijada de presiones para adelgazar y la facilidad del aumento de peso. En las sociedades contemporáneas, donde la imagen personal es crucial, los referentes visibles, como la publicidad y la moda, crean ilusiones de perfección inalcanzable, generando sentimientos de culpa y deseos de pertenecer al ideal de belleza.

Las ciencias del cuerpo y la industria de la dieta influyen en la autovigilancia, convirtiendo la apariencia en un valor social clave. Bourdieu destaca la asociación entre lo físico y lo moral. En el siglo pasado, la ciencia buscaba fundamentar diferencias morales a través de la antropometría, mientras que en el siglo XXI se centra en sustentar similitudes para el mercado. En el siglo XVIII, el cuerpo y la vestimenta eran esenciales para revelar la posición social. En el siglo XIX, las

apariencias se moderan, y pequeños indicios revelan verdades ocultas. En el siglo XXI, la lógica indiciaria opera en el cuerpo, revelando no solo jerarquías sociales sino también morales. Un cuerpo cuidado simboliza conducta racional, autoestima y perfección, mientras que el descuido sugiere falta de aplicación y de responsabilidad. La apariencia "ética" refleja una personalidad "ética".

Quien es capaz del dominio del "sí-mismo" ejercerá las mismas aptitudes en el plano de las relaciones interpersonales y en el resto de las esferas de la vida. Quien no ha cultivado la categoría moral de la autocorrección, será más proclive al desorden y la "desviación" que a la lógica de la competencia, la perfección y el éxito.

La presión social hacia la perfección corporal contribuye a la incidencia de trastornos alimentarios, como la inanición autoimpuesta. Aunque la industrialización de la apariencia es una tendencia contemporánea, la preocupación por la belleza y las elecciones dietéticas no son exclusivas de la cultura occidental actual. La selección de alimentos va más allá de la nutrición y se basa en determinaciones estéticas, de estilo, distinción y poder, regulaciones supraindividuales. A lo largo de la historia, cada sociedad ha proclamado estándares de belleza, pero en la cultura actual, las tecnologías de cuidado físico, el marketing de la belleza y la difusión mediática han transformado la significación social e individual del cuerpo. En una sociedad orientada al

consumismo, el cuerpo adquiere un alto valor de cambio, y el cuidado obsesivo de la imagen puede llevar a la paradoja de destruir lo que se intenta realzar, resultando en agresión y daño al propio cuerpo.

Del corsé tradicional al corsé de la autodisciplina

En el siglo XVIII, los valores estéticos cambiantes llevaron a la burguesía a rechazar la opulencia alimentaria que simbolizaba el antiguo orden social. Anteriormente, la nobleza asociaba el exceso alimentario con riqueza y bienestar, y la gordura era apreciada estéticamente. Durante los siglos XIV al XVI, la nobleza regulaba cuidadosamente las costumbres alimentarias para marcar la pertenencia a la clase privilegiada. En el siglo XVIII, la necesidad de cuerpos disciplinados para la eficiencia industrial promovió la imagen de esbeltez y fortaleza. El Iluminismo rechazó la cultura alimentaria antigua y propuso la frugalidad y la higiene de los vegetales como ideales, vinculados a la fortaleza y la "sanidad" de la Razón. En el siglo XIX, la democratización del consumo, impulsada por la lógica industrial, amplió el acceso a alimentos, cambiando las pautas de comportamiento y consumo. La caída de antiguos símbolos de estatus acompañó la difusión de hábitos de consumo burgueses a las clases populares, alterando la distinción simbólica. Las nuevas formas de prestigio

prescribían la moderación y el equilibrio en la alimentación en lugar de la antigua gula.

En el siglo XIX, diversas presiones morales, económicas y de moda llevaron a las mujeres a ajustar sus cuerpos según nuevas normas de valor y respeto. El corsé se convirtió en símbolo de la pedagogía que regulaba y restringía la imagen corporal. La Ilustración introdujo dos concepciones del perfeccionismo: una emancipatoria basada en el progreso de la Razón y otra instrumental que veía la transformación humana como una cuestión de administración. Esta "anátomo-política" de control sobre los cuerpos se arraigó en la cultura occidental desde la Ilustración. En el siglo XIX, las mujeres fueron socializadas para creer que los atributos físicos eran clave para el éxito y la aptitud social. En el siglo XX, el cuerpo se convirtió en el foco de la identidad personal, vinculado a la apariencia y al imperativo social. La medicina y la gimnasia masificadas cambiaron la percepción del cuerpo, que dejó de ser regulado externamente para automodelarse desde adentro. El ideal de delgadez se consolidó, y la industria de la dieta contribuyó a difundir la noción de que cualquier cuerpo puede lograr la apariencia física correcta. La dieta, con significados cambiantes a lo largo de la historia, pasó de ser una práctica ascética religiosa a un mandato estético en la sociedad de consumo, enfocándose en la construcción de cuerpos exhibibles.

Las patologías de la abundancia

El cuerpo es el sitio del ejercicio de la voluntad sobre el deseo.

En Occidente, el aumento de desórdenes alimentarios, especialmente entre mujeres jóvenes, se relaciona con la difusión masiva de normas de consumo. Las patologías alimentarias expresan limitaciones estructurales impuestas a las mujeres en la sociedad de consumo, donde la delgadez es promovida como un ideal en la "cultura de la delgadez". Estos valores afectan más a las mujeres, ya que la sociedad asigna diferente importancia a los rasgos físicos de cada sexo. La adolescencia, una etapa de cambios, es propicia para la recepción de estos valores, afectando la autoimagen y pertenencia al grupo social. A lo largo de la historia, el valor social de las mujeres ha estado vinculado al cuerpo, pero el ideal actual de delgadez contrasta con el cuerpo asociado a funciones sociales reproductivas en el pasado. La liberación femenina del siglo XX trae la imagen del cuerpo liberado, pero la presión de la sociedad de consumo somete esta libertad a los fines narcisistas del éxito y aceptación social.

Los medios masivos de comunicación han universalizado los ideales corporales deseables, promoviendo tanto el ascetismo de la dieta como el consumismo ilimitado, reflejando la lógica cultural perversa del capitalismo tardío. La dieta se convierte en una elección imposible en sociedades de abundancia, generando una crisis en los criterios de elección y desorganizando los valores

alimentarios. La alimentación está culturalmente regulada y vinculada a la moralidad, donde lo apetitoso a menudo se asocia con lo "malo". La dieta simboliza la purificación, pero en la sociedad actual, los rituales dietéticos buscan la belleza y el reconocimiento social. En este contexto, enfermedades como la anorexia y la bulimia expresan la práctica del control personal y la rebelión contra las normas sociales alimentarias. La dieta también adquiere un significado simbólico en el ámbito familiar y se vincula con la individuación y control de la personalidad de las adolescentes, aunque pueda llevar al autodeterioro. A pesar de la influencia de factores familiares, los trastornos alimentarios deben entenderse en el contexto socio-cultural que etiqueta y estigmatiza a quienes adoptan conductas extremas, al tiempo que fomenta la preocupación por el peso como medida de valor social. La anorexia y la bulimia reflejan la permeación de las conductas individuales por los mecanismos de regulación social y las pautas de comportamiento de la cultura del consumismo, representando una lucha simbólica de las mujeres contra ciertas formas de autoridad y reproduciendo mandatos culturales actuales.

En el contexto de la ética del consumo, se presenta la paradoja de estimular tanto el hedonismo como el ascetismo del ayuno. La anorexia y la bulimia son consideradas como formas radicales y extremas del narcisismo de la cultura moderna. Estas enfermedades de la dieta se interpretan como expresiones paradigmáticas de una era donde todo

está sujeto a la lógica del mercado, y en estas patologías, el individuo se percibe a sí mismo como objeto de consumo interno.